

**Lectura del Documento ABC.00.01.03.**  
**(Obras Completas, Ed. Plataforma 2003, p. 125 y ss).**

**LA HORA DE LOS ENANOS**

*La Nación* (Madrid), 13 de mayo de 1930

**Tristezas de España**

**LA HORA DE LOS ENANOS**

*Por José Antonio Primo de Rivera*

Fue misericordia de Dios el llevárselo a las regiones de la paz eterna. Tras un breve martirio, el descanso. ¡Eran muchos sus merecimientos para que la divina generosidad no le indultara de este espectáculo!

Todo bulle como una gusanera. Como si no hubiera pasado nada. Los mismos hombres, las mismas palabras vacías, los mismos aspavientos. ¡Y todo tan chico! Contra la obra ingente de seis años —orden, paz, riqueza, trabajo, cultura, dignidad, alegría—, las fórmulas apolilladas de antaño, las menudas retóricas de antaño, las mismas sutilezas de leguleyo que ni el Derecho sabe.

Aquí están los políticos a quienes nadie desconoce. Todos pasan de sexagenarios. Gobernaron docenas de veces. Casi ninguno sirvió para nada. Pero no escarmentaron. Piensan que una breve abstinencia —que ellos disfrazan de persecución— los redime del pasado inútil.

Aquí están los ridículos “intelectuales”, henchidos de pedantería. Son la descendencia, venida a menos, de aquellos “intelectuales” que negaron la movilidad de la tierra, y su redondez, y la posibilidad del ferrocarril, porque todo ello pugnaba con las “fórmulas”. ¡Pobrecillos! ¿Cómo van a entender —al través de sus gafas de miopes— el atisbo aislado de la luz divina? Lo que no cabe en sus estrechas cabezas creen que no puede existir. ¡Y encima se ríen con aire de superioridad!

Aquí están los murmuradores, los envenenados de achicoria y nicotina, los “snobs”, los cobardes, los diligentes en acercarse siempre al sol que calienta más (algunos, ¡quién lo dijera!, aristócratas, descendientes de aquellos cuyos espinazos antes se quebraban que se torcían)...

Aquí están todos. Abigarrados, mezquinos, chillones, engolados en su mísera pequeñez. Todos hablan a un tiempo. No se hizo nada. Se malgastaron los caudales públicos. Las victorias militares acaecieron bajo el mando de aquel caudillo como pudo acaecer otra cosa. Todo fue suerte o mentira. Y, antes que nada, ese Gobierno no fue un Gobierno “inteligente” (¡Santa palabra para deslumbrar a los tontos!); gobernó para España, a la española, no al gusto de la docena de los elegidos. Y prefirió prescindir de solemnidades hipócritas, mejor que falsificarlas.

Los enanos han podido más que el gigante. Se le enredaron a los pies y lo echaron a tierra. Luego, le torturaron a agujonazos. Y él, que era bueno, sensible, sencillo; él, que no estaba acorazado contra las miserias; él, que por ser muy hombre (muy “humano”) gozaba y padecía como los niños, inclinó su cabeza una mañana y no la alzó más.

Ahora es la hora de los enanos. ¡Cómo se vengan del silencio a que los redujo! ¡Cómo

se agitan, cómo babean, cómo se revuelcan impúdicamente en su venenoso regocijo! Hay que tirarlo todo. Que no quede ni rastro de lo que él hizo. Y los más ridículos de todos los enanos —los pedantes— sonríen irónicamente.

Él también sonríe. Pero su risa es clara, como su espíritu sencillo y fuerte. Nosotros padecemos —como él antes— todas las torturas: de la injusticia. Pero él ya goza el premio allá en lo alto, en los ámbitos de la perpetua serenidad. Nada puede inquietarle, porque desde allí se disciernen la grandeza y la pequeñez. Pasarán los años —torrente de cuyas espumas sólo surgen las cumbres cimeras—. Toda esta mezquina gentecilla —abogadetes, politiquillos, escritorzuelos, mequetrefes— se perderá arrastrada por las aguas. ¿Quién se acordará de los tales dentro de cien años? Mientras que la figura de él —sencilla y fuerte como su espíritu— se alzaré sobre las centurias, grande, serena, luminosa de gloria y de martirio.

José Antonio PRIMO DE RIVERA